



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

La conversión de la Buena Madre

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

LA CONVERSIÓN DE LA BUENA MADRE.....	3
Mártires de Rochefort.....	7

LA CONVERSIÓN DE LA BUENA MADRE

A propósito de una reciente publicación
Annales ss.cc. 1930. pp. 610-616

En la historia de las almas en las que se ha desarrollado una rica vida espiritual, se da un interés muy particular a lo que los Santos llaman la "conversión". Entienden por esto, no siempre el paso del pecado a la gracia, al menos no principalmente, sino el movimiento de transformación que les ha llevado a generosas resoluciones de una vida de perfección.

Con seguridad, más de uno de nuestros lectores se ha sorprendido ante el deseo de conocer mejor la "conversión" de la Buena Madre. Para bendecir al Señor por la generosidad de su amor y en las disposiciones de su Providencia, - por veneración también hacia nuestra piadosa Fundadora - querríamos poder seguirla en el día a día de los años 1793-94 y 95 en que Dios se adueñó de su alma.

Desgraciadamente para nosotros, la Buena Madre, ni escribió el relato de su vida ni hizo muchas confidencias. La Madre Gabriel de la Barre nos dice "que era muy difícil hacerla conversar sobre asuntos de espiritualidad". Ella, sin embargo, que era su primera hija, y Tan servicial, "había encontrado el medio de engañarla algunas veces y de hacerla conversar de cuestiones indirectas para reglamentar su propia conducta.

Demasiado raramente, añade, encontraba ocasión para ello y es de creer que habrá desaparecido un inmenso tesoro de conocimientos de esta alma sublime, cuyo mayor deseo era la de ser desconocida o despreciada. Más o menos lo que sabemos de nuestra Fundadora, en esta primera época de su vida, es lo que la Madre Gabriel nos ha dejado consignado en sus preciosas Memorias.

La Srta. Henriette de la Chevalerie juntaba a los atractivos de su persona, hermosos talentos para llamar la atención en la sociedad. Su madre, por gusto personal y para asegurarla un buen partido, la introdujo muy joven en los bailes y las reuniones mundanos. Para una cristiana esto era fruto de una gran irreflexión, porque ¿cómo, después de una educación tan negligente, la muchacha podría guardarse del contagio del mal? Por eso su juventud, nos dice la Madre Gabriel, "no estuvo exenta de las faltas a las que se exponen los jóvenes lanzados a un mundo peligroso teniendo todo lo necesario para agradarle".

Sin embargo una reserva, de que formaban parte a la vez el recto juicio y la propia dignidad, la preservó, y cuando la Revolución vino a clausurar las fiestas de la sociedad poitevina, la Srta. Aymer, entonces con 22 años, no amaba al mundo y no soñaba con el matrimonio.

Bajo su exterior un tanto altanero, escondía un gran fondo de bondad que la hacía exquisita en la intimidad de algunos, pero estos tesoros no habían podido desarrollarse y su corazón se quedó vacío.

Convertida en Fundadora tuvo como máxima favorita "que el bien que se hace alivia el mal que se sufre y que el mejor medio de ser toda de Dios es ser toda para el prójimo". Por este camino fue como encontró primero al Dios de su conversión. Efectivamente, las desgracias del tiempo, particularmente duros para las Aymer, condujeron a la joven a rodear a su madre de todas las delicadezas de afecto y servicio. Cuando las dos fueron apresadas en octubre de 1793, se entregó a ella aún más, lo mismo que a mostrarse bondadosa con las restantes. Rechazando sus angustias reanimaba el coraje en los otros con su serenidad sonriente. De este modo se aliviaba ella misma olvidándose de sí misma; al mismo tiempo su alma se abría al recogimiento de las más profundas reflexiones. Para abandonarse enteramente, Dios era el único apoyo que necesitaba. Cuando dos sacerdotes lograron entrar en la prisión, la Srta. Aymer hizo con uno de los dos, el sacerdote Soyer, una confesión general y "desde ese momento, escribe la Madre Gabriel, fiel a la gracia que había recibido, el mundo ya no fue nada para ella".

Entre las preparaciones a esta gracia, hay que contar, junto al ejercicio de la abnegación, el trato asiduo de la Señora y la Señorita. Aymer con una mujer de mucha virtud, la Sra des Ecotais. Y todavía hay que añadir el hecho de *haber dado hospitalidad a un sacerdote insumiso*: una reciente publicación que ha arrojado una luz nueva sobre esto, nos ayudará a recoger algunos detalles relativos al arresto de las Sras Aymer.

El sacerdote J. Tourmentin ha consagrado a la memoria de su tío abuelo una estudio titulado "*Jean Garrault, confesseur de la foi sur les pontons de Rochefort*"¹. Con una pluma sobria, pero segura, describe el desarrollo de la vida de su venerable pariente, con la ayuda principalmente de documentos conservados en los Archivos departamentales de la Vienne.

Jean Garrault, ordenado sacerdote en 1784 y ese mismo año nombrado vicario de Saint Georges de Noisné, rehusó en 1791 prestar juramento a la Constitución civil del Clero. Después de haberse escondido un cierto tiempo en la región de Noisné, resolvió buscar un refugio allí donde no fuera conocido, y por eso se vino a Poitiers, rue de Hautes Treilles [Parrales Altos], donde la Sra. Aymer habitaba con su hija. Se relacionaba con estas damas que tenían en su parroquia rural una propiedad donde pasaban el verano; sabemos que la Buena Madre había nacido allí. Según sus propias declaraciones ante el tribunal revolucionario, el sacerdote Garrault llegó a

¹ Imprimerie historique 26, rue Voltaire, Tours 1930, 22 pgs. in-12

Poitiers en el mes de agosto y permaneció en casa de la Sra. Aymer hasta su arresto que tuvo lugar catorce meses más tarde, en las circunstancias siguientes. Nos atenemos al proceso verbal, redactado por el ciudadano Barbot Saint-Paul.

"Este miembro del Comité revolucionario de Poitiers, declara haber sido llevado el 22 de octubre 1793 " a casa de la Señora viuda hemer -(Aymer)-,, siguiendo el aviso que le habían dado de que un individuo desconocido estaba en su casa". (La denuncia según la Madre Gabriel, fue hecha por una malvada vecina) Como bien puede suponerse, la Sra. Aymer aseguró que ningún extranjero se alojaba en su casa. Pero un guardia, puesto de plantón como vigilante en el jardín, había visto a un hombre tratando de salir por una ventana que daba al jardín, corrió a avisárselo a su jefe. Nuevos requerimientos, nuevas negaciones, y comenzaron las búsquedas. Barbó las llevó escrupulosamente: un chaleco blanco y un platillo para afeitarse le confirman que está sobre la verdadera pista. "Y efectivamente, escribe, sobre una litera en que habían pedazos de telas, me di cuenta de que había alguna *chauze* (chose = cosa) que me decía que allí podía haber si no un hombre, al menos alguna cosa escondida. Después de haber quitado todo, descubrí a un hombre que me ha parecido un sacerdote a quien he preguntado su nombre. Me ha declarado llamarse Jean des Loges, del pueblo de Vaunay, aprendiz de carpintero, pero me he dado cuenta al contrario que era un sacerdote después del examen que le he hecho de sus manos que me han parecido las de un hombre que no ha trabajado ciertamente con sus manos". La Sra Aymer y su hija, así como las personas que tenían a su servicio, se pusieron a afirmar que no conocían a quien acababan de sorprender; todas las cinco personas fueron ese mismo día encerradas en diferentes prisiones.

"Las encubiertas y el encubridor, dice la 'Notice' de M. Tourmentin, se encontraban en un buen lío. Las primeras temían traicionar al sacerdote y el sacerdote temía del mismo modo comprometer a las mujeres que le dieron hospitalidad Por eso decían inocentes mentiras de una y otra parte, durante los interrogatorios que se siguieron. " De grado añadiríamos: estando a salvo el honor de Dios, los inculpados se defendían ellos mismos con todo derecho contra los tiranos. El sacerdote Garrault se limitó a decir que él se introdujo de *incógnito* la víspera en la casa de Hautes Treilles; las señoras de la Chevalerie ignoraban la entrada en su casa de un extraño cualquiera. Desgraciadamente los revolucionarios lograron pronto intimidar al criado que tomó el camino de soltar la lengua.

Se le llevó, pues, con su dueña a la calle de Hautes Treilles y allí Barbot Saint-Paul declaró a la dicha señora *haiemer* -(Aymer)- que ya no era tiempo de disimular, que el dicho señor Garrault es conocido ahora como el vicario refractario de la parroquia de su casa del campo. La Sra Aymer comprendió que la causa estaba perdida, y declaró la verdad". Entre tanto en la casa descubrieron "un cáliz y una patena de estaño, una bolsa, dos cartones bordados para poner sobre el cáliz, dos velos, un alba, un velo sobre el que hay una cruz de tela de moaré, doradillo, una casulla, un manípulo. Una estola de damasco violeta, guarnecido con un galón falso amarillo, tres cartones de altar, un cordón, dos manteles de altar, un transmisor eléctrico, dos manteles

de altar, dos aderezos de tela bordada, tres amitos, una tela que sirve para colocar bajo el cáliz, un tela mejor de altar de muselina, cuatro purificadores. Y cuatro lavabos, dos pequeños ante el altar cubiertos de puntillas de tul y de franja plateada, y sus forrados en tela. Además una copia del testamento de Luis Capeto". Hemos dejado al documento su singular ortografía.

Al darse cuenta de que todo estaba perdido, el sacerdote Garrault pidió ser escuchado de nuevo. Sabemos por sus declaraciones que había pasado catorce meses en casa de las señoras Aymer de la Chevalerie, que decía allí la misa y que los ornamentos encontrados provenían de una novicia visitandina que tuvo de llevárselos al cierre de su monasterio. Jean Garrault fue deportado a los barcos de Rochefort. Durante once meses, sufrió allí los horrores inhumanos en que perecieron más de 500 sacerdotes, los dos tercios de sus compañeros. El sacerdote Garrault se mantuvo, bien que mal, gracias a su joven y robusta constitución². Volvió a su parroquia de de Saint Georges de Noigné en la que firma una acta el 14 de setiembre 1795. No murió hasta 1843, en Saint Néomaye (distrito de Niort), donde fue párroco los veinte últimos años de su vida. Ya sabemos que la Sra Aymer y la Srta Aymer debieron su salvación a la caída de Robespierre, el 9 thermidor.

Estamos agradecidos al Sr. Tourmentin por habernos proporcionado detalles tan importantes para la historia de nuestros orígenes Pero sobretodo nos conmueve lo siguiente: durante catorce meses, arriesgando sus bienes, su libertad y su vida, la Sra. Aymer y su hija dieron a un sacerdote una generosa hospitalidad. Este sacerdote, acorralado porque quería guardar su fe inviolable, celebró durante todo ese tiempo la misa en la casa refugio de ellas y muy seguramente ante ellas. ¿Cómo dudar de que su fe no se haya fortificado profundamente y de que recibieron muchas gracias por una participación tan real en el Santo Sacrificio?

La gracia, sin embargo, no supera tan rápidamente nuestras resistencias; cuando la Sra y la Srta. Aymer fueron llevadas a la prisión, sin duda no eran aún santas. Pero lo que habían hecho, permanecía en ellas como una bendición. Otra fue la misma prueba de la prisión que les había causado su caridad cristiana. Para acabar de purificarse, la Sra. Aymer todavía tenía que inmolar a Dios a su hija querida; el 30 de abril de 1801 murió muy piadosamente, como asociada de los Sagrados Corazones.

En cuanto a la Buena Madre las etapas de su "conversión" habrían de ser más rápidas y más admirables. La última no fue aquella confesión general con el Sr. Soyer de quien acabamos de hablar, porque si hubiera continuado dirigiéndose con él, escribía al Buen Padre en 1803, hubiera permanecido en el mundo: "*Me sentía golpeada por los acontecimientos, pero no convertida*". Haciendo alusión a su entrada en la Asociación del Sagrado Corazón, calle del

² También el sacerdote Francisco Rion, tío del P. Coudrin (hermano de su madre), que tan decisivamente influyó y cuidó el desarrollo de la vocación de su sobrino, Pedro Coudrin, murió horrorosamente en los barcos de Rochefort el 2 de mayo 1793. (Ver índice de su vida en el índice de la obra de Juan Vicente González "El Padre Coudrin, la Madre Aymer y su comunidad", Roma 1978, pp. 601, en la pg. 597.

Moulin à Vent, le añade: “*Cuando establecisteis la Adoración en Moulin y me disteis allí una hora, sin que vos lo sospecharais fijasteis mi destino*”.
P. Maurice Desmedt, ss.cc.

Mártires de Rochefort

La casual identidad de destino entre el tío del P. Coudrin, *François Rion*, vicario de Saint Phêle-de-Maillé en la parroquia de Saint-Pièrre-de-Maillé (Saint André Fournet) y el sacerdote *Jean Garrault*, escondido durante catorce meses, hasta su apresamiento, en la casa de la familia Aymer, remueven en lo más oculto del corazón lo que llamamos, sin conocerlo bien, “los caminos de la Providencia”³. La villa de Rochefort fue siempre una fortaleza marítima en punta, a la altura de Poitiers, que protege su bahía por donde podían encontrar tentaciones fáciles de invasión del corazón de la Vienne. Allí habían anclado durante la Revolución varios barcos que solo flotaban convertidos en cárceles seguras: ‘les pontons’. Por lo que acabamos de leer se usaban profusamente para detención de sacerdotes. Entre os horrores de la Revolución fueron uno más, uno más entre los peores. Hacinados, sin apenas alimentación, si no eran sus propias defecaciones, sin limpieza alguna, campo de vida y recreo de ratas y cucarachas, se encontraban allí solo para morir como bestias. Si alguien moría era fácil atarle una piedra al cuello y enterrarlo en las aguas. Así el tío F. Rion. El sacerdote J. Garrault se superó debido a su fortaleza, nos dicen los documentos, y aún pudo emplear más de 20 años sus servicios sacerdotales antes de morir en su nueva parroquia. ¿Cómo pudo vivir con los recuerdos? ¿Volvió a ver a sus protectoras?

Cuando volvemos los ojos hacia nuestros Fundadores ¿qué nos puede extrañar en sus comportamientos personales, en sus conceptos de la vida religiosa, en la reacción, en concreto de la Fundadora, queriendo probar en sí misma, ella sola, la posibilidad de adoptar la vida austera de la Valsainte y en su personal y particular comportamiento con la mortificación de su cuerpo, algo que nos asusta. Apartamos de ello nuestros ojos, como si fuera una lacra, pero ahí está en la historia, en nuestra historia. El P. Fundador lo sabía, quizás hasta cierto punto, pero nunca se adentró en el misterio de su alma, como Moisés pisó sin sandalias el misterio de Dios. Se trata de algo para la sorpresa y la admiración, para la veneración ante el misterio que nos sobrepasa, no para la imitación. Pero un perfume queda en el aire, una buena tentación se siente, un empequeñecimiento baja nuestros aires de suficiencia, “no tienes derecho a quejarte de nada”. Es solo una flecha sin nombre que señala un dirección donde no vas a encontrar nada, tampoco a ella, porque al final ya no hay vereda y es solo lanzarse a la aventura de los propios pasos que nadie antes ha dado, normalmente por el desierto, guiado por una nube, sombra de

³ Jean Garrault, desconocido en la historia del libro de Juan V. González, op. cit., el resto de los nombres pueden hallarse con facilidad referencias en el índice del libro para encontrar noticias sobre todo esto.

día, luz en la noche, siempre con el mismo pan insípido, el que ni siquiera comen millones de seres humanos, que solo Dios sabe hacia dónde van, porque lleva sus mismos harapos y duerme como ellos bajo las estrellas. Tuvo la suerte de cruzarse en el camino de un vagabundo, que salía de una guarida bajo las tejas de una granja en que se había protegido de sus perseguidores durante seis meses. Se llamaba Pedro Coudrin. Solo él podía bajar hasta el fondo de su corazón, en el que ella le reconoció: "sin daros cuenta fijasteis el destino de mi vida". Así fraguaron juntos la familia religiosa de los Sagrados Corazones.